

taciones he examinado atentamente, se componía únicamente de seis cabañas, de construcción muy original y muy adecuada al clima. Son unas grandes jaulas hechas con zarzos de mimbres, provistas con una puerta y una ventana de dos hojas, y sostenidas sobre el suelo en unos postes de unos 60 centímetros. Su techo, de dos planos inclinados, sobresale mucho de las paredes, de modo que forma una galería alrededor de la habitación; está formado de hojas de caña de azúcar y de cocotero, y elegantemente sostenido por unos pilares independientes de la pared y colocados en las cuatro esquinas.

Tales habitaciones tienen por término medio 10 pies de longitud, 3 de anchura y otros 3 de altura. Elevadas sobre el suelo, no se puede entrar en ellas sino á favor de una escalera muy tosca, sujeta de un modo permanente delante de la puerta, y que es un pedazo de madera bifurcado, cuya horquilla sirve de peldaño.

Tienen una regular ventilación por la puerta y la ventana que, á decir verdad son muy exiguas, y pueden cerrarse ó abrirse por medio de las hojas de que están provistas.

En el centro hay un hogar rodeado de pedruscos, en el que se mantiene encendido un buen fuego durante toda la noche, á fin de alejar á los mosquitos que pululan en la orilla. La misma disposición y costumbre idéntica se advierten en la Nueva-Caledonia, en las islas Fidjis, y probablemente en otras partes; pero solo hablo de lo que he visto.

En resumen: la construcción de aquellas habitaciones es perfectamente adecuada para procurar á sus horribles propietarios un abrigo contra los ardores del sol que los alumbra, y que haría muy bien en abrasarlos, al paso que los pone al abrigo de la humedad del suelo: ventaja inestimable durante el invierno.

Los naturales de Rossell están muy lejos de desplegar en todo lo demás la misma industria, puesto que si ha de juzgarse por los objetos encontrados en su población, y de que nos apoderamos de improviso, de modo que los fugitivos no tuvieron tiempo para llevarse nada, no poseen mas instrumentos de industria que una pequeña azuela, formada de una piedra de basalto articulada á manera de codo con el mango. La azagaya y la piedra sus armas ofensivas. Ya he hablado de la trompa (concha ó caracol marino) que hacen sonar cuando tratan de reunirse.

Conocidas son sus piraguas, y debo añadir ahora que las manejan con suma destreza.

Fabrican esteras y cestos con fibras vegetales, y sus cuchillos son unas valvas ó conchas de ostra, finamente dentadas en sus bordes.

Presentemos finalmente el retrato de aquellos repugnantes seres. Tienen la piel de un negro mate como el sebo, la nariz aplastada, la boca ancha, los ojos negros é inyectados, los pómulos salientes, el pelo negro, largo y ensortijado, la barba poco poblada y rizada, y la frente un poco inclinada hácia atrás. Su talla y musculatura son muy medianas.

El uso del betel da á sus labios y encías el color del cangrejo cocido; sus dientes son negros y corroidos.

Las mujeres son gruesas, tienen las facciones groseras y pelo igual al de sus maridos; sus pechos son prominentes y piriformes.

Los elegantes se dibujan patillas con cal y se pasan transversalmente por el tabique de la nariz una espiga de hueso del diámetro de una pluma de ánade. Es la misma espiga que los marineros de Cook vieron con asombro en la nariz de los australianos, y que ellos llamaban cómicamente la *verga del bauptés*. El traje de los hombres se reduce á cierta bolsa hecha con una hoja de árbol.

Las mujeres usan por todo vestido un cinturón con franjas de fibras de corteza que les llega hasta medio muslo.

Ambos sexos hacen frecuente uso del betel. A cada paso se les ve morder un pedazo de nuez de arec (fruto de la palmera arec) y de hoja de un árbol de pimienta (*piper betel*) y llevar á las encías, por medio de una espátula de madera, la cal que toman de una calabaza (1). He traído á Francia todos estos objetos, tomados, ya en la población rosseliana, ya de manos de nuestro joven chino, que nos llegó con un traje y un aparato de tocador completos.

El clima de Rossell es sumamente cálido.

Si todo el litoral está tan poblado como la parte de la costa que recorrimos, la isla contendrá sin duda muchos millares de habitantes.

(1) Esta mezcla constituye el betel; mezcla que se hace en la boca de los salvajes, y no se prepara de antemano como en la Indo-China y la isla de Java.

V. DE ROCHAS.

## LA SEMANA SANTA EN ROMA,

POR M. LUDOVICO CELLER.

1865.

Llegada á Roma.—Alojamiento.—Datos necesarios para las ceremonias.

A M. X...

He llegado hace pocas horas, y ¡qué viaje! Embutido con otros cuatrocientos pasajeros á bordo del paquete; tendido sobre el puente; calado hasta los huesos á consecuencia de una fuerte tormenta acompañada de un aguacero, y mareado de una manera terrible, solo he disfrutado un poco de las delicias de mi viaje desde mi salida de la isla de Elba; sin embargo ¡cuán distante me parecía Civita-Vechia! Pero para algo es buena la desgracia: el número de los viajeros, que había estado á punto de ahogarme durante el camino, hizo casi nulas las formalidades de aduana y pasaporte, y el tren de la tarde me trasladó á Roma.

Seguimos primero la costa, atravesamos luego unas dehesas donde pacían metidos hasta la mitad de su cuerpo en el agua algunos corpulentos bueyes pardos de largas astas, y llegamos á las orillas del Tiber, pequeño río clásico, rico en recuerdos, pero amarillento y súcio (cuando tiene agua); á la izquierda se suceden sin interrupción unas colinas verdes, cubiertas de yerba crasa y espesa y enclavadas unas en otras; á la derecha, altas montañas rojizas ostentan sus series de villas y aldeas blancas, rodeadas de verdor: son Frascati y Albano; descúbrense luego unas antiguas tapias, y los que sacaban la cabeza por las ventanillas de los wagones podían ver por algunos instantes la cúpula de San Pedro; poco después el tren llegó á la estación.

Aquí comenzaron de nuevo mis tribulaciones. ¡No había lugar en ninguna parte! ¡Nada en las fondas, nada en las agencias! Empezaba á perder la paciencia cuando se me acercó un hombre en la calle y me propuso conducirme á unos cuartos amueblados; no desdéné la propuesta, y una hora después me hallaba hospedado en la Via-Sixtina, á dos pasos del Pincio y de la plaza de España, en casa de la señora B..., segundo piso, y en un cuarto cuya limpieza me pareció aceptable: faltábame ver si los insectos roedores me concederian descanso.

Te escribiré una carta todas las semanas dándote cuenta de lo que me ocurra y refiriéndote rápidamente lo que vea; pero no esperes recibir detalles relativos á las artes, ni descripciones de galerías,

museos, y ruinas; cuando mas, te enviaré como de paso algunos pormenores relativos al paisaje ó al aparato con que se verificarán las ceremonias á que me propongo asistir: estoy aquí para ver las funciones de Semana Santa, y no pienso ocuparme de otra cosa.

Ya me he informado acerca de las precauciones que es preciso tomar. Necesítanse para las señoras billetes de tribuna, llamados *billetes de embajada*, que se encuentran en casa de los banqueros y que por lo regular faltan en las embajadas al acercarse los días santos; las señoras deben vestir de negro y llevar en la cabeza un velo; los hombres por su parte deben usar frac negro y guantes blancos, esto es, traje de boda ó de entierro; un coche hace muy al caso en estos días de gran concurrencia; y si se quiere (ó si se puede) pagar uno adornado con grandes libreas, se pasea á cualquier hora de arriba abajo por el puente de San-Angelo; sino se hace así, trascurrida una hora antes de las ceremonias, es preciso dar un largo rodeo ó ir á pie. No es de desdeñar la protección de algun funcionario público, de un prelado ó de un guardia noble, pues siempre se consigue por medio de ellos algunas preferencias. Es preciso además comprar un *Diario romano* ó almanaque que cuesta medio real é indica el orden y la hora de las ceremonias.

Hoy he pasado largo rato en el Pincio, desde cuyas azoteas se ve prolongarse las líneas de San Pedro y el Vaticano sobre el panorama romano, y que presentan, con la campiña que les sirve de fondo, una perspectiva sorprendente.

VIERNES ANTES DEL DOMINGO DE RAMOS.

Visita á la basílica de San Pedro.—Devociones del papa.—El San Pedro de bronce.—Topografía del Vaticano.—San Esteban el Redondo.—Sus frescos.

Esta mañana á las diez me dirigí hácia San Pedro, á donde todos los viernes de la Cuaresma va el papa á medio día á entregarse á sus devociones; habíame anticipado á fin de tener tiempo para examinar un poco la basílica y la plaza.

Una dilatada calle casi recta, que cambia tres ó cuatro veces de nombre desde la plaza de España, donde se llama Via-Condotti, hasta el Tiber donde se denomina Via-Tordinona, me condujo rápidamente

al castillo de San-Angelo; y siguiendo desde allí la calle del Borgo Nuovo, llegué á San Pedro. Desde el puente de San-Angelo se forma una idea mas exacta de la cúpula que cuando se está mas cerca de ella; la enorme masa de la fachada, combinada con la prolongacion de la basílica, que tiene la forma de la cruz latina, hace que desde cerca el tambor de la cúpula

desaparezca casi por completo; el cimborio parece tambien pesado y deprimido, al paso que visto desde lejos presenta su particular aspecto, y á su vez aplana, por decirlo asi, y empequeñece el Vaticano entero con sus espaciosas azoteas y sus pisos sobrepuestos en asombroso número. Si no se hubiese cambiado uno de los primitivos proyectos y se hubiera conser-



Entrada de un cardenal en el Vaticano.

vado la cruz griega en el plano de San Pedro, la cúpula habria dominado la plaza, pero se cayó en un círculo del que no era fácil salir: la exageracion de las dimensiones de la basílica exigia una fachada en relacion con su mole; y esta fachada, que mas esbelta hubiera sido imposible, desfiguraba por sus necesarias proporciones el diseño primitivo del monumento. Por fortuna para San Pedro no se puede hacer estas reflexiones sino cuando ya se le conoce. Al volver á entrar en el Borgo desaparece el templo, solo se ve una calle de escasa anchura, formada de casas viejas y por lo regular miserables, y al desembocar en la plaza el ornato se modifica completamente. Comparando las casas de dimensiones ordinarias que hay en aquella con la columnata y la basíli-

ca, se establece el juicio y el viajero queda estupefacto al ver las enormes dimensiones de tal conjunto de edificios. Muchas objeciones pudieran seguramente hacerse á propósito de este sistema de género colosal, exagerado hasta tal punto; pero es indudable que como decoracion para las ceremonias y como efecto escénico, era imposible crear á la religion un cuadro mas magestuoso.

En la parte superior de la rampa se halla el vestíbulo, cuyas proporciones son tales que se cuenta que los viajeros suelen tomarlo por la basílica; pero esta tradicion, muy antigua é inadmisibles, solo podia aceptarse en la época en que el grabado no habia aun dado á conocer las vistas de Roma. En el vestíbulo hay cinco puertas, una de las cuales está siem-



El beso del pie de San Pedro.

pre sellada y tapiada: es la puerta del Jubileo, que solo debería abrirse de cien en cien años; pero los jubileos son mas frecuentes: en la actualidad se renuevan cada cincuenta años, y aun cada veinte y cinco: la puerta de que se trata es la segunda del lado derecho, mirando á la fachada. La del centro, un poco mayor que las demás, sirve para el séquito del papa; y unas cortinas de cuero, á propósito para aplastar á los viajeros, cierran las demás.

Al entrar en San Pedro, se suscita en el ánimo la lucha de dos ideas. Sabido es que las dimensiones son enormes, se tiene la certidumbre de que así es, y sin embargo no se encuentra á primera vista la confirmación de la idea de la grandeza que se esperaba hallar, pues como los detalles están establecidos en proporciones exageradas y sin relación alguna con la escala humana, impiden juzgar exactamente al pronto las verdaderas dimensiones del edificio. La ilusión producida por esta falta de proporciones con el hombre es tan grande que se engaña fácilmente al viajero inexperto, haciéndole juzgar desde lejos, la primera vez que entra en San Pedro, la magnitud y la altura de los objetos, y la reflexión no precave de un error que presta siempre motivo de risa al que lo ha provocado. Por lo demás, la decoración de San Pedro no pertenece al gran arte sino al arte grande, y hé aquí todo.

Las capillas ostentan las mismas proporciones que el resto del templo, y tienen las dimensiones de hermosas iglesias del género ordinario. Los sacristanes me propusieron que subiese á la cúpula; pero como esto no pertenecía á las ceremonias de la Semana Santa, me negué á ello. Recorrí luego por segunda vez la espaciosa basílica, esculpida, dorada, cubierta de pinturas y mosaicos; y á pesar de los defectos inherentes, unos á los proyectos primitivos, otros á las adiciones y cambios sucesivos, sería injusto no considerar la basílica de San Pedro como una de las muestras mas soberbias del poder arquitectónico del hombre. En el momento en que hacia esta reflexión, una comitiva modesta entraba silenciosamente en la nave: el papa iba á hacer como de costumbre, sus devociones propias de los viernes de Cuaresma.

Cerca de la Confesion de San Pedro (la Confesion es el subterráneo, la capilla-cripta ceñida por una balastrada contigua al altar en que está enterrado San Pedro), hay siempre un reclinatorio que un sacristan cubre todos los viernes con un terciopelo carmesí, llevando al mismo tiempo algunos almohadones; entre tanto, los cardenales acuden á tomar asiento en una barrera cubierta de tapices, que forma dos largas filas de sillones; allí esperan al papa seguidos de sus caudatarios y criados que llevan los almohadones sobre que se arrodillan. El papa iba vestido de blanco, llevando la pequeña esclavina redonda, en-

carnada y guarnecida de armiño ó de cisne; arrodillóse, y los suizos establecieron una línea de centinelas para mantener á cierta distancia á los curiosos, cuya indiscreción no conoce obstáculos de ningún género, ni aun el del decoro. Cerca del papa manteníase en pie un clérigo con un hacha encendida, símbolo de la fe, que sigue al papa á todos los sitios en que lee una oración; el pontífice dió al levantarse su bendición y se retiró tan silenciosamente como habia entrado. Habia poca gente en la basílica, pues no siendo aquella una de las ceremonias célebres y consideradas como parte de las funciones de la Semana Santa, el viajero, confiado en la tradición, solo va á donde ve ir á los demás.

No lejos del reclinatorio del papa se halla el San Pedro de bronce, objeto de gran veneración para los peregrinos católicos. Esta estatua, cuyas dimensiones son algo pequeñas comparativamente con la magnitud del templo, ha dado margen á largas discusiones: los católicos fervorosos la consideran como una estatua auténtica de San Pedro, en tanto que algunos anticuarios, que solo discuten bajo el punto de vista artístico, sostienen que es un Júpiter al que se ha añadido una aureola, y cuyos rayos han sido reemplazados con una llave. Como quiera que sea, no es una estatua *di primo cartello*, como se dice en Italia, y todo indica que fue fundida con posterioridad á Jesucristo. La fe ha permanecido ajena á estas discusiones entre católicos y arqueólogos; así, grandes y pequeños van á besar el pie de la estatua, el cual, desgastado por los besos de los devotos, ha disminuido notablemente; y habiendo perdido además su color verde presenta un amarillo brillante, avivado cada dia por las mangas de los campesinos, que lo frotan con ellas antes de besarlo.

Faltábame todavía adquirir noticias acerca de los corredores, patios, escaleras y puertas del Vaticano, á fin de saber dirigirme rápidamente en la semana inmediata entre la muchedumbre. Siendo San Pedro y la capilla Sixtina los puntos extremos, es absolutamente preciso examinar de antemano la red de comunicaciones que los enlaza.

No es posible imaginar cuánto tiempo se gana y cuántas ventajas se consiguen cuando previamente se conoce bien la dirección que debe tomarse en medio de una muchedumbre que por lo regular titubea.

Habiendo llegado á San Pedro por el puente de San-Angelo, pasé al Transtevere para conocer este camino que es preciso tomar despues de las ceremonias, cuando se aglomeran los coches: la via Lungara que se estiende á lo largo del Tiber, es ancha, ventilada y conduce en línea recta á Santa María de Transtevere; cambia de nombre al volver hácia la izquierda y desemboca en el Ponte Rotto. Deseaba ir

á visitar San Estéban el Redondo, iglesia digna de atención, por lo comun abandonada, y donde hoy viernes se celebraban algunas ceremonias del culto.

El Ponte Rotto sale á la plaza de la Bocca Verita; por la calle de los Cerchi, que cruza á lo largo el antiguo gran circo de los Emperadores, se llega á San Gregorio; todo aquel barrio es un sitio delicioso, donde las ruinas, la frondosidad, los horizontes y la luz se reunen para halagar la vista; pero en aquella época del año, escitada la atención por las ceremonias religiosas, ¿hay algun viajero que fije su vista en tales maravillas? Una callejuela estrecha y pintoresca, que pasa por entre algunos antiguos contrafuertes, al pie de San Gregorio y de San Jorge y Pablo, conduce á San Estéban el Redondo, estraña iglesia á la que cuesta algun trabajo llegar, pues se necesita atravesar dos patios y un corredor, y entonces se entra en una sala redonda, como lo indica su nombre, espaciosa, de cielo raso y sostenida por columnas de alturas, colores y materias diferentes. Al principio se creyó que era un antiguo templo pagano; pero reconocióse andando el tiempo que era una mediana construcción del tiempo de Constantino, levantada con restos tomados de diferentes lugares. En su centro se halla la silla de mármol en que se sentó San Gregorio. Pero el templo de que se trata, y al que la proximidad de los dias santos da una importancia mayor que de costumbre, es visitado especialmente por sus pinturas.

Siendo el diámetro de esta rotonda de unos 50 metros, la circunferencia da un mínimo de 150 metros de estension; las ventanas están colocadas en su parte superior; solo tiene, segun creo, dos puertas y la entrada de una capilla; la superficie, que mediante esta disposición ha quedado libre, se halla dividida en cuadros colocados unos al lado de otros; contiene setenta ú ochenta tableros, cuyas figuras son del tamaño natural en los primeros términos; y los grupos accesorios, que se destacan en los mas lejanos, completan la composición; todos estos cuadros y grupos representan los suplicios á que fueron condenados los primeros cristianos por sus perseguidores. En un mismo cuadro hay pintados muchos suplicios; pero el honor de figurar en los primeros términos está reservado al mártir mas célebre. Estos frescos son de Pomarancio y Tempesta, y si bien me parecen muy medianos, como representación de tormentos hacen estremecer. Todo lo que la imaginación puede inventar en materia de atrocidades está representado en ellos con la mayor exactitud posible: dientes arrancados, miembros cortados, pechos desgarrados, cuerpos reducidos á fragmentos, quemados, dislocados, atados á ruedas, aplastados, asados, hervidos, ahorcados y ahogados; instrumentos mas horrorosos que todo cuanto es posible concebir: pozos, cuerdas,

piedras, cuchillos enormes, barrenas, tenazas, sierras, ruedas dentadas, caballos para descuartizar; espectáculo espantoso! Hay especialmente dos ó tres mártires mas horrorosos que los restantes, y que recomiendo á los aficionados á emociones fuertes. Uno es santa Agata, quien los sayones rompen los dientes con unas descomunales tenazas, mientras que con unos garfios de hierro incandescente le arrancan ambos pechos: la sangre corre y la carne humea. Otro mártir cuyo nombre ignoro yace atado y estendido sobre una tabla, y se le corta la carne en rajas paralelas hasta los huesos medio desnudos. Otro mártir se ve oprimido entre dos enormes piedras; su cuerpo rechina, revienta y estalla; su semblante se deforma horriblemente, y sus ojos inyectados en sangre saltan de las órbitas. Estos horrores están espuestos á la vista del público en uno de los sitios mas deliciosos de la antigua Roma, en medio de la frondosidad y de los muros de ladrillos encarnados sobre los que descuellan los árboles en flor. Por lo regular el observador está solo en aquellas distantes callejuelas; y desde lo alto de las vetustas tapias que le rodean se descubren los remates de algunos de los edificios del Foro.

## SÁBADO ANTES DEL DOMINGO DE RAMOS.

San Juan de Letran.—Antiguo séquito.—La escalera santa.—Las palmas.—Los mendigos.

En la mañana de hoy me dirigí á San Juan de Letran, basílica á la que conduce desde mi casa un hermoso camino; primero se pasa por unas calles anchas que llegan hasta Santa María Mayor, bajando y subiendo alternativamente; luego se atraviesa una senda mitad, ciudad mitad campiña, rodeada de jardines y plantada de árboles, que conduce á la plaza del museo de Letran. Esta plaza, espaciosa é irregular, rodeada á un lado por el museo y al otro por un hospital, y cuyo fondo forman San Juan de Letran y el Baptisterio de Constantino, es una de las mas agradables de Roma. Las construcciones algo frias del palacio de Letran forman contraste con el ancho pórtico de la basílica, sobre el que descuella un esquilon cuadrado, de caprichosa forma; el pavimento está casi invadido por la yerba, y reina allí cierta solitaria grandeza. No es ese el lado en que se halla la fachada oficial de San Juan de Letran, pues esta es una pesada fábrica construida por orden de Clemente XII: columnas embutidas en la pared, pilastras compuestas, el correspondiente fronton, nada en una palabra, falta allí de cuanto el arte de real orden sabe hacer en el género frío y triste; por fortuna, el paisaje es tan hermoso que para verlo se acostumbra volver la espalda á dicha fachada, la que no adquiere importancia sino cuando el papa